



LAURA PÉREZ MARTÍN

**LA CHICA
DE LAS REDES
SOCIALES**

Quería sentirse libre
y deseada... más allá
de toda norma.


ESPASA

LAURA PÉREZ MARTÍN

LA CHICA DE LAS REDES SOCIALES



ESPASA  NARRATIVA

© Laura Pérez Martín, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño

Depósito legal: B. 8.888-2020
ISBN: 978-84-670-5948-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

EL DESEO

Asier la abofeteó con fuerza, con su mano izquierda completamente abierta. Se oyó una vibración acústica, como cuando se rompe una sandía por la mitad. No atinó bien el golpe. Le quería dar en la mejilla, pero sacudió su mandíbula y parte de la oreja. Le dolió, le empezó a arder y notó cómo se le tensaba la zona.

Era un efecto extraño. Un dolor agudo. Una sensación de sumisión, pero a su vez un ejercicio de control de la rabia de quien se creía dominador. En resumidas cuentas, de poder. María le sostuvo la mirada. Lo retó con una expresión lasciva y rebelde. Apretó los muslos con fuerza para que él sintiera con más intensidad cómo resbalaba dentro de ella. Le cogió la cabeza con las dos manos y empezó a acariciarla sin delicadeza, mirándolo, colorado, perdido, duro. La máxima expresión del deseo, el vigor de su éxtasis. Empezó a recordar las cosas que le había propuesto. Se imaginó a una prostituta cogiéndolo por detrás, diciéndole cómo comérsela mejor, cómo agarrar mejor o lamer de esta manera, y a él con sus ojos verdes aún más perdidos, más fuera de sí. Ocurrió. Se dejó llevar por ese vértigo, por esa gracia que su amiga inglesa le había confesado en aquel intercambio escolar cuando apenas tenía catorce años, en qué consistía de verdad un orgasmo: «Es como

cuando tienes muchas muchas pero que muchas ganas de hacer pipí y no puedes más que se te escapa y vas al baño. Ese gusto, multiplícalo por mil».

Y vino, con sus convulsiones internas, rápidas y suaves, mientras ella se perdía tan dentro de su imaginación que hasta se olvidó de él. Asier siguió unos minutos más antes de empezar a gemir, y se quedó ahí encima, mirando al vacío, los dos ausentes, cada uno en su placer.

La suite del hotel de cinco estrellas, en el centro de Madrid, era sobria, urbana y hasta masculina, con tonos grises, moqueta, cortinas enormes y pesadas, para no dejar pasar la luz, y visillos traslúcidos. Siempre iban allí, no tenía los inconvenientes de la mayoría de los hoteles de cinco estrellas, aparentemente más modernos o bonitos, pero en los que la bañera era pequeña o las luces se convertían en una batalla permanente: cómo enciendo la luz del vestidor sin apagar la habitación, cómo corro las cortinas. Disponía de dos estancias. En una había un saloncito, con un sofá un poco *vintage*, verde botella, y una pantalla. La otra era pequeña, con una cama *king size*, muchas almohadas de algodón más largo sobre la colcha y sábanas blancas de hilo. Entre tanta suavidad y firmeza, concebidas para dormir, sobre ese algodón selecto certificado en Estados Unidos habían vuelto a deleitarse en los placeres puramente físicos.

El chorro de agua de la bañera empezó a sonar en alguna parte de su cerebro, haciéndola volver a la realidad.

—¿Quieres que le eche sales a la bañera? He traído unas que me dieron en el hotel de Boston la semana pasada.

Asier tenía la voz ronca y masculina, un poco chulesca. Con el desorden de las energías, se le volvía más dulce, como la de un niño.

—Bueno.

María empezó a incorporarse, un poco mareada, satisfecha y coqueta. Se levantó con sus grandes pechos aún

erguidos. Sus pezones preciosos tenían las areolas grandes, rosadas. La piel, delicada y fina. De hombros anchos, era muy alta. Sus ojos, medio tapados por el flequillo despeinado que le caía sobre la frente. Su vientre ya no lucía tan plano como a los dieciocho años, pero estaba en forma. Sus piernas, largas, y sus caderas, anchas pero magras. Se maquillaba bastante, con un tono más oscuro que su piel, y eso la hacía mayor, aunque los ojos y la boca carnosa casi no los tocaba, si acaso una raya discreta o un poco de rímel, para dar volumen a sus insignificantes pestañas. Sus dientes blancos asomaban en una sonrisa que le transformaba la cara, porque era una persona intensa, gesticulaba mucho, en ocasiones quizás demasiado, adoptando una expresión algo dura y masculina; otras veces resultaba muy femenina con movimientos más suaves y acaramelados, y su ademán expresaba fluidez y ligereza. Cuando se enfadaba tensaba un poco el cuello, arrugaba el entrecejo y los labios, y desorbitaba los ojos.

Estaba tranquila, le sonrió con erotismo, entornando la mirada. Muy segura de sí misma, dio unos pasos hasta el cuarto de baño, se observó en el espejo de perfil, satisfecha, y notó que Asier reparaba otra vez en sus pechos, donde se había escondido hacía unos minutos, metiendo su cara entre ellos y sujetándolos con las dos manos, dándose tetazos en la cara y sumergiendo la lengua en el canalillo.

Se sentía bien, con la experiencia de saber que sus acciones para llamar la atención, como gatear hasta su regazo desnuda, llevar la camiseta pegada, chupar su sexo mirándolo a los ojos, o meterle la lengua hasta la garganta, tenían efecto en cualquier hombre. Siempre eran premeditadas y le servían para cazar al que deseaba.

Se metió despacio en la bañera con el agua bastante caliente y espumosa, dejándose escurrir hasta estar casi tum-

bada, entre las piernas larguísimas y musculosas de él, que le dio una toalla para que se la pusiera detrás de la cabeza, pero ella la rechazó. Se hizo un nudo con su pelo largo, teñido de rubio dorado y liso, para que no se mojase y, tras varios movimientos de piernas y cuerpos para acomodarse, se quedaron allí entrelazados, uno enfrente del otro, casi sin hablar, como hacían siempre. Él le cogió el pie, largo y delgado, con las uñas pintadas de color rojo bermejo tan solo unas horas antes en el centro de estética al que iba siempre antes de ese ritual. Se lo acarició lentamente y se lo besó con los ojos cerrados.

La música sonaba de fondo, era la canción de Adele *Someone like you*. Cuántas veces la había escuchado, esa voz tan majestuosa, con un deje melancólico.

Miró su rostro y sintió ternura por primera vez. Asier le parecía alguien tan distante, rudo, difícil de gestionar y de convencer, pero a pesar de ello, reconocía su gran habilidad para entender los razonamientos basados en hechos. Era tradicional, sin florituras, el dueño de la mayor firma legal del país. Prefería comer con un concejal en un restaurante cutre, pero de toda la vida, y jugar a las cartas que irse a una comida en un japonés famoso o en un dos estrellas Michelin con un político importante. Y ahí estaba, con cara de niño pequeño después de comerse un dulce, relajado con los ojos verdes medio abiertos, que miraban fijamente y se arrugaban sonriendo, dejando a un lado su dureza. Y todo gracias a ella, para su gran satisfacción, que era dominar al hombre más duro, poderoso y difícil que había conocido, y transformarlo en un crío.

A Asier, María le ponía como una moto. Ella era una de las que no quieren involucrarse demasiado ni con novios ni con amigas, de las que se protegen, porque no soportaba ser herida, ni dominada ni controlada. No le contaba mu-

cho de su vida, sabía poco de ella. Nunca hablaba de su hermana, por ejemplo; no la tenía en gran estima porque siempre fue la favorita del padre. Por eso María se mostraba distante. Huía de las relaciones porque psicológicamente no superó la decepción que le había supuesto su padre y prefería ser práctica y ambiciosa, con una coraza para no mostrarse vulnerable. Destacaba en la lujuria y el placer, pero no conectaba emocionalmente con nadie. La única vez que Asier había intentado ayudarla en algo, le había dejado claro que ella no lo necesitaba.

—¡Madre mía! ¿Cuánto jabón has echado? Cuando se ponen sales no hace falta meter también jabón —dijo Asier bromeando al ver que la espuma no se diluía.

—La próxima vez, prepáralo tú si no te gusta —le contestó María con sequedad.

—A ver si aprendes a relajarte y a no estar siempre a la defensiva. Dejar que los demás te ayuden es un síntoma de madurez emocional y quita esa imagen de tipa dura y fuerte que me intentas enseñar.

—El día en que dejes de estar pensando en lo siguiente que vas a hacer y aprendas a estar en silencio y tranquilo, me abriré —le dijo soltando una pulla hiriente, porque para ella la mejor defensa era un ataque—, que parece que siempre buscas estímulos externos y no sabes disfrutar del momento cuando no hay sexo de por medio. Siempre corriendo a ver qué otra cosa puedes hacer, sin haber disfrutado del ahora.

Asier encajó el golpe. A otra la hubiera mandado a la mierda, pero aquella mujer lo tenía enganchedo. María sabía que Asier era un seductor que llevaba toda su vida escapando de la responsabilidad del amor, de la pareja. Seguramente era un narcisista con el síndrome de Peter Pan, de esos que no están acostumbrados a que les den mucha cera. Un tipo inteligente, locuaz, divertido con el

que había que sacar el látigo. Había catado a más de uno así. Podría decirse que eran su especialidad, los que mejor se le daban para domesticar. En su fabuloso entorno profesional y social, Asier le caía bien a todo el mundo, de otro modo no podría haber suscitado el interés de María. Un conocido le había contado que era el niño de los ojos de su madre y que la familia lo había mimado bien. No había asumido ninguna responsabilidad hasta que murió su padre hacía dos años y se tuvo que hacer cargo de todo. «Un tipo con suerte», pensó, pero que no le tocara los ovarios con discursos morales porque ella había tenido que luchar toda su vida, no se lo habían dado todo hecho. Ahora lo tenía bajo su poder y le convenía por dos motivos: uno, porque se relajaba follando con él, y otro, porque la había introducido en un círculo social muy interesante.

—Lo único que no me gusta de nuestra relación es lo de tu red social. Bueno, matizo, que hables con un desconocido para contaros los problemas. A mí, que hayas creado una red social donde la gente empatiza y se cuenta sus embrollos no me preocupa, pero sí la fidelidad que le guardas al tipo. ¿Yo no te basto para confesar todas tus preocupaciones? —le dijo por sorpresa Asier.

María puso los ojos en blanco. No soportaría a una pareja que no le dejara su espacio o que fuera absorbente. Debía poner las cosas claras:

—Eso no va a cambiar. Si no te gusta, pues tú mismo. Es lo que hay. Es mi trabajo, me ha costado mucho crear esta aplicación.

—No me refiero a eso —la interrumpió Asier—. Lo que quiero decir es que tú eres la mejor cliente de tu aplicación. Raro, ¿no?

—¡Tengo que vivirla, solo así sabré mejorar el producto!

—A mí no me vengas con esas, María. Pero lo de tus conversaciones con ese desconocido es mucho más que un estudio de mercado...

—Bueno, tampoco me abro tanto. No me interesa que descubra quién soy. ¡La fundadora! Yo sobre todo escucho, introduzco núcleos de actuación sobre problemas genéricos para que le sirvan para comerse el tarro. Ese hombre busca la excelencia en su comportamiento, y la puta vida no es así.

—Pues que vaya a un psicólogo —le dijo Asier.

—¿Sabes? A veces nos creemos lo que nos contamos, y eso tan subjetivo es lo que pensamos que es la realidad. Este hombre, que tanto te preocupa, solo tiene que buscar su esencia, y eso lo puede encontrar escuchándose o más bien leyéndose. Mi aplicación sirve también para eso, para que sus usuarios se escuchen, entre ellos y a sí mismos. La gente puede conectarse en modo privado con un interlocutor al que le interese la pregunta o el tema, o en modo público. Igual puede dejar sus comentarios abiertos a la comunidad o restringirlos a un grupo o a una persona. Al escribir y tener que estructurar lo que tienen en la cabeza para contárselo a alguien, pueden ver la manera en la que entienden el mundo. También al escuchar experiencias de otros, aprendizajes de personas diferentes, consiguen abrir sus *mindsets*. Vamos, que pueden darse cuenta de lo que realmente quieren. Al final, si te distancias mucho de tu esencia, de quién eres, no eres feliz.

—¿Y cómo funciona?

—Pues se la descargan y eligen temáticas. Tenemos inteligencia artificial. Según las conversaciones que mantienen, el tipo de preguntas o de temas, la obtención de información y el interés que crean entre quienes las leen o contestan, sacamos temáticas nuevas con un algoritmo, acorde a lo que les preocupa. Ellos mismos alimentan la

máquina. También hemos empezado a meter artículos sobre *coaching* profesional. A quienes lo imparten les sirve para captar clientes porque hay usuarios que los contratan. Y a nosotros, para nutrir la aplicación con información profesional.

—¡Pues cuánto tiempo libre tiene la gente! —le dijo Asier desinteresado.

—Se ve que has tenido una vida muy fácil, no todo el mundo tiene todo resuelto —le contestó María decepcionada.

Se dio cuenta de que se estaba poniendo antipática, cosa que le sucedía cuando no conseguía lo que quería, e intentó moderar el tono, como buena estratega que era. «No lo entiendes —pensó—, también hablo de nuestra relación a nivel general, sin nombres. De mis miedos. A veces nos soltamos más con desconocidos, por la despreocupación, ya que nunca van a saber quién eres.»

Asier no se tranquilizó, pero disimuló. Se sentía celoso, pero notaba que la podía perder, veía su mirada de hastío. Maldijo para sus adentros lo que le estaba sucediendo. Él, que estaba acostumbrado a que le bailasen el agua. Siempre le habían movido la fiesta y las faldas, hasta que se topó con esta mujer. María iba a caer en sus redes por sus santos cojones, como todas las demás. No soportaba tener la sensación de que ella podía prescindir de él, y en su fuero interno lo sabía, por eso había tenido la necesidad de reforzarlo verbalmente y la había cagado. Pero lo iba a arreglar, era tan sencillo como otras veces, llevarla de viaje y que ella perdiera la cabeza por él, como todas. Aunque esta vez no fuera a solas.

—Me gustaría que vinieras conmigo a Miami —le dijo a María.

—¿Tienes alguna reunión de trabajo? —le preguntó ella.

—Voy con mis amigos de toda la vida, quiero que los conozcas.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Van solo tíos?

—Mis amigos van con sus mujeres, creo que Gilberto va solo. ¿Por qué pones esa cara?

—No, nada, no suena tan divertido. Si alguno estaba bueno, podíamos hacer un trío —bromeó.

Sonó la melodía de una llamada en el bolsillo del pantalón de Asier. Mientras él buscaba el móvil, María pensó en su madre, llevaba ya varios meses con el mismo, no le iba a decir nada para que no se hiciera ilusiones.

—¿Y las mujeres? —preguntó María cuando Asier volvió.

—¿También quieres hacer un cuarteto con las mujeres?

—Si con eso te hago feliz...

—Vaya, qué mala suerte, ya encontraremos otras para que me complazcas... Vienen Natalia, que es la mujer de Antonio, y Carmen, que es la de Eduardo, y las dos se conocen desde pequeñas también.

—Vaya, todo el mundo se conoce por lo que veo desde siempre, ¿no? ¡Soy la última en llegar! —dijo abriendo los brazos acompañando la exclamación.

—Te los meterás a todos en el bolsillo —la tranquilizó riéndose Asier—, tú saca todas tus dotes de encanto social y verás. Viene también Nelly, la novia del amigo de Miami de Gilberto, que se llama Alejandro, un cubano al que no conocemos y que nos los van a presentar allí. Tú te adaptas como un camaleón a la situación que sea. Vamos a estar en Miami y luego Gilberto ha alquilado un barco para que vayamos a Bimini.

—¿Eso dónde está? —Lo miró con una mueca de sorpresa.

—Es una isla de lujo que anda por las Bahamas.

—Bueno, te acompañaré, solo para jugar, siempre que me folles como lo acabas de hacer, ¡eres el mejor!

Era una buena idea ir a ese viaje, sería divertido codearse con tanto glamur con un chico tan guapo con el que deleitarse.

Asier se puso de pie, otra vez la tenía dura.

—Ven, que no hay que esperar hasta Miami, todavía no conoces lo mejor.